

En 1887 la Revue Indépendante publicó, en cuatro entregas, una sorprendente novela titulada *Les lauriers sont coupés* (*Han cortado los laureles*) que, en el momento de su publicación, en plena efervescencia simbolista, pasó casi desapercibida, calificada apenas como una obra original o curiosa, uno más de los experimentos vanguardistas de la época.

Esta novela corta es, sin embargo, el primer texto que emplea lo que se llamaría posteriormente el monólogo interior, inaugurando el flujo de conciencia como una de las técnicas narrativas más importantes de la literatura moderna. Por primera vez un texto literario está escrito únicamente desde el punto de vista de la conciencia del narrador, en un espacio y un tiempo limitado. Desde las seis de la tarde hasta las doce de la noche podemos seguir los pensamientos más íntimos y los preparativos vagamente amorosos de Daniel Prince, un joven estudiante de derecho enamorado de una actriz.

Era la primera novela de Édouard Dujardin (1861-1949), músico, editor, poeta, novelista, autor de teatro y ensayista que tendría un papel importante en el mundo intelectual del París de finales del siglo XIX y principios del XX.

Durante años esta pequeña novela permaneció casi olvidada, y su autor, que en cierto modo llegó a considerarla un escrito de juventud fracasado, se dedicó principalmente a la poesía, al teatro y al ensayo.

Pero a veces el tiempo pone las cosas en su sitio: el reconocimiento le iba a llegar a través de otros autores que utilizaron años más tarde la técnica del monólogo interior después de haber leído su novela y que no tuvieron reparos en admitir lo que debían al autor de esta pequeña obra. Uno de los primeros fue el escritor austriaco Schnitzler que, trece años más tarde, en 1900, publicó una novela corta *El teniente Gustl (Leutnant Gustl)* en la que aplicó sistemáticamente la fórmula del monólogo interior sin ocultar que la había tomado de la novela de Dujardin.

Pero lo que la sacó definitivamente del olvido fue el efecto Joyce. James Joyce había leído en un viaje en tren en 1903 *Han cortado los laureles* y había quedado impresionado por la novedad de su escritura. En 1917, en plena redacción de *Ulises*, escribe a Dujardin desde Locarno pidiéndole un ejemplar de la novela ya que el suyo se había quedado en Austria.

Valéry Larbaud, escritor y crítico literario francés, cuenta en el prefacio de una nueva edición de *Han cortado los laureles* en 1925, que, en 1920, James Joyce que ya había publicado parte del *Ulises* en *The Little Review* y con el que mantenía largas conversaciones en torno a su libro, «me dijo un día que la forma ya había sido empleada, y de manera exclusiva, en un libro de Edouard Dujardin, publicado en plena época simbolista y anterior en casi treinta años a la composición de *Ulises: Han cortado los laureles*, libro del que yo solo conocía el título [...]. En *Han cortado los laureles*, me dijo Joyce, el lector se encuentra instalado, desde las primeras líneas, en el pensamiento del personaje principal y es el desarrollo ininterrumpido de este pensamiento el que, sustituyendo completamente la forma usual de la narración, nos cuenta lo que

hace el personaje y lo que le ocurre. Por lo demás —añadió— lea *Han cortado los laureles*».

Eso es lo que hizo Valéry Larbaud que tiempo después escribió a Dujardin saludándole como el inventor del monólogo interior y declarando que *Han cortado los laureles* era una obra maestra digna de figurar entre las grandes novelas de la literatura francesa. Valéry Larbaud, que ya había escrito dos textos en monólogo interior, pensando que eran los primeros en lengua francesa, uno de ellos dedicado a Joyce, le pide permiso para dedicarle a él el que aún no estaba publicado y declara que va a difundir ante todo el mundo que Dujardin es el verdadero inventor de la fórmula. En 1925 prologó la edición definitiva que rescató del olvido *Han cortado los laureles*.

Animado por este triunfo tardío, Dujardin, que ya tenía 74 años, publicó en 1935 un ensayo titulado *El monólogo interior, su aparición, sus orígenes, su lugar en la obra de James Joyce y en la novela contemporánea*. Allí definía su invención como un monólogo, que, conservando las condiciones y el escenario de la novela, tiene como objeto suprimir la intervención, o al menos la intervención aparente del autor, permitiendo que el personaje se exprese él mismo y directamente como lo hace en el teatro el monólogo tradicional. En resumen, es «un discurso del personaje» pero «sin auditor» y «no pronunciado», lo que lo distingue del monólogo teatral. Se diferencia también del monólogo tradicional en que es la expresión del pensamiento más íntima, cercana al inconsciente, es un discurso anterior a cualquier organización lógica y se realiza en pequeñas frases directas reducidas a la mínima sintaxis. También afirma que en su escritura la forma en pequeñas frases

sucesivas tiene su origen en los motivos musicales tales como los ha empleado Richard Wagner, es decir el *leitmotiv* que reaparece en el drama cada vez que aparece la misma emoción. Al igual que a menudo una página de Wagner es una sucesión de motivos no desarrollados, cada uno de los cuales expresa un movimiento anímico, el monólogo interior en Dujardin es una sucesión de frases cortas que no están unidas según un orden racional sino según un orden puramente emocional, fuera de toda disposición intelectual. Y en efecto en *Han cortado los laureles* la escritura se desarrolla en pequeñas frases (separadas la mayor parte del tiempo por punto y coma) que van y viene siguiendo el flujo del pensamiento. Hay partes que son como poemas en prosa, sin rima, pero con un ritmo peculiar que se repite y se alterna.

Dujardin, como gran parte de los escritores franceses de la época, era un apasionado de la música de Wagner. En 1882 viajó a Londres para asistir a la representación del *Anillo* y ese mismo año fue a Bayreuth para asistir al estreno de *Parsifal*. Esa experiencia fue para él como una conversión religiosa y en 1885 funda con Teodor de Wyzewa la *Revue Wagnérienne*, cuna del simbolismo francés y foro de los wagnerianos.

El monólogo interior será utilizado posteriormente por una importante representación de escritores del siglo XX : después de James Joyce y Valéry Larbaud, Arthur Schnitzler, André Gide, William Faulkner, Raymond Queneau, Virginia Woolf, Samuel Beckett, Albert Cohen, Nathalie Sarraute, Carlos Fuentes y tantos otros lo han desarrollado en su narrativa para expresar la intimidad y los movimientos del pensamiento.

La lectura de esta novela única y cautivadora permite al lector actual conocer el origen del monólogo interior, y también descubrir un escritor singular, gran experimentador formal. Con su manera de escribir armónica y llena de matices, nos introduce en la mente de su personaje que une detalles insignificantes con indagaciones sobre el ser y su presencia en el mundo, arrebatos poéticos con la puerilidad o intrascendencia de algunos de sus pensamientos y acciones, y además nos permite acompañarlo con toda naturalidad en su paseo por las calles del París observando todo lo que ocurre alrededor y penetrar en la intimidad, la cotidianidad y la mente de un joven cualquiera en un día cualquiera de 1887.

